



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Ciencias
Sociales

Universidad de la República
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Trabajo Social

Monografía final Licenciatura Trabajo Social

Estigma en los barrios pobres: Una reflexión situada

Estefany Ghidone

Tutor: Leticia Pérez de Sierra

Año: 2024

Agradecimientos:

Quiero expresar mi más sincero agradecimiento a mi familia quienes han sido un pilar fundamental en mi educación.

A Tito, mi profundo agradecimiento por su apoyo incondicional en cada momento. Sin él, me habría tomado mucho más tiempo lograr mis objetivos; su comprensión durante mis momentos de frustración, ha sido fundamental.

A mis amigas, gracias por su paciencia y por entender que no siempre podía hacer planes. Su apoyo durante la realización de esta tesis me ayudó a enfocarme y seguir adelante en momentos de nervios y problemas personales; cuando yo quería tirar la toalla, ellas siempre me levantaban.

Un agradecimiento especial a mi profesora tutora, Leticia. En nuestro primer encuentro, ella me vio emocionada y llorando al pensar en finalizar este ciclo, y su guía ha sido fundamental para mí.

Por último y no menos importante quiero expresar mi agradecimiento al sistema educativo público por brindarme la oportunidad de acceder a una educación superior. Agradezco también a quienes defienden la educación en nuestro país, ya que es fundamental para el desarrollo de nuestra sociedad. Me siento afortunada de haber podido aprovechar estas oportunidades.

Índice:

Contenido

Resumen:	4
Introducción:	4
Preguntas de investigación orientadoras	5
Objetivo General:	5
Objetivo específico:	6
1.1 Perspectivas de Allport sobre estigmas y prejuicios	6
1.2 Introducción al análisis: Goffman y Wacquant sobre el estigma	7
1.3 Perspectiva de Goffman sobre estigma y discriminación:	7
1.4 Perspectiva de Wacquant sobre la criminalización y la marginalización.	10
1.5- Kessler: estigmas barriales y el temor al delito	11
1.6 Becker y la relación entre estigma, prejuicio y desviación	15
1.7 Control Social y estigmatización: perspectivas de Auyero	23
Reflexiones finales:	30
Respuestas a las Preguntas de investigación orientadoras	33
¿Cuáles son los principales estigmas y prejuicios que se asocian con los habitantes de barrios vulnerables, según los autores seleccionados ?	33
¿Cómo impactan los estigmas sociales en la elaboración de políticas públicas y en la calidad de los servicios sociales que se ofrecen en estos barrios?	34
¿Qué efectos tienen los prejuicios y estigmas sociales sobre la cotidianidad de los residentes y la opinión pública acerca de estas comunidades vulnerables?	34
¿Cómo inciden los prejuicios sociales en el desarrollo de políticas de seguridad dirigidas a los barrios vulnerables?	34
Reflexiones personales:	35
Bibliografía:	38

Resumen:

El presente trabajo es una tesis de grado, perteneciente a la Licenciatura en Trabajo Social, el propósito es explorar cómo los prejuicios y estigmas sociales sobre una parte de la población se propagan y generan etiquetas negativas para quienes residen en ciertas zonas vulnerables.

Se busca analizar cómo se reproducen los estigmas en la sociedad sobre determinados barrios, especialmente los más vulnerables. Este análisis examinará cómo las percepciones externas construyen estereotipos sobre las personas, la pobreza y la delincuencia en estos sectores. Los estigmas se generan a través de prejuicios, etiquetas y el desconocimiento de las realidades de estos barrios, además de la repetición de opiniones ajenas y la influencia de los políticos y los medios de comunicación. También se buscará analizar el impacto que estos estigmas tienen en la percepción pública y en la formulación de políticas sociales.

La autora de esta tesis ha experimentado de primera mano los prejuicios que a menudo se dirigen hacia los residentes de estos barrios, a veces de manera más severa y otras en forma de chistes que, aunque puedan ser expresados de manera genuina y sin intención de ofender, están impregnados de prejuicios. Estos estigmas son repetidos sobre todo por individuos cuyo pensamiento y expresión pueden reflejar verdadero desprecio y exclusión. A medida que avance esta tesis, se presentarán varias experiencias personales para ilustrar las situaciones cotidianas que enfrentan quienes viven o han vivido en estos barrios. Estos estigmas a menudo se generan desde dentro de la comunidad misma, reflejando la internalización de etiquetas negativas.

Introducción:

Este trabajo se centra en el tema debido a que su autora nació, creció y pasó una parte significativa de su vida en uno de los barrios más estigmatizados de Montevideo, el barrio Cerro. El simple nombre de este barrio conlleva una carga social negativa, ya que pertenecer a él a menudo lleva consigo estigmas asociados con problemas sociales como infraestructuras inadecuadas, criminalidad, violencia, condiciones de vivienda precarias, hacinamiento, contaminación, consumo de drogas y alcohol. Sin embargo, la autora reconoce que estos problemas son parte de una realidad más amplia que afecta a la sociedad en su conjunto y no son exclusivos de un solo lugar ni pueden comprenderse sin tener en cuenta dinámicas sociales más amplias.

Asimismo, se enfatiza la importancia de no generalizar ni estigmatizar a las personas que residen en estos barrios. Es crucial evitar los estereotipos y prejuicios que pueden surgir de las etiquetas sociales, ya que dentro de estos espacios hay individuos que buscan superarse y que no están involucrados en actividades criminales ni en el consumo de sustancias. Desde una perspectiva de derechos humanos, todas las personas, independientemente de su situación económica o lugar de residencia, tienen derechos básicos, incluido el derecho a no ser etiquetadas ni tratadas injustamente por su entorno. Amartya Sen (1999) señala que las personas no deben ser evaluadas únicamente por su situación económica, sino por sus capacidades y potencialidades para avanzar en sus vidas y desarrollar su bienestar personal, es decir desde un enfoque más amplio que va más allá de la simple medición económica.

Preguntas de investigación | orientadoras

¿Cuáles son los principales estigmas y prejuicios que se asocian con los habitantes de barrios vulnerables, según los autores seleccionados?

¿Cómo impactan los estigmas sociales en la elaboración de políticas públicas y en la calidad de los servicios sociales que se ofrecen a estas poblaciones?

¿Qué efectos tienen los prejuicios y estigmas sociales sobre la cotidianidad de los residentes y la opinión pública acerca de comunidades vulnerables?

¿Cómo inciden los prejuicios sociales en el desarrollo de políticas de seguridad dirigidas a los barrios vulnerables?

Objetivo General:

Analizar teóricamente cómo operan e impactan los prejuicios, estigmas y criminalización de la pobreza, en la vida cotidiana de los residentes en barrios vulnerables y en la formulación de políticas públicas.

Objetivo específico:

Este trabajo se centra en analizar la relación entre la estigmatización social y las políticas públicas en barrios vulnerables, con especial atención a cómo los estigmas afectan a los residentes. Se abordará la reproducción de los estigmas a través de prejuicios, etiquetas y percepciones negativas, y se examinarán sus implicaciones sociales y políticas. Mediante una revisión selectiva de la literatura, se elaborará un marco teórico que permita comprender de manera profunda cómo los estigmas influyen en la vida cotidiana y en la percepción pública de estas comunidades marginadas.

Perspectivas sobre estigmas sociales y criminalización de la pobreza

1- Introducción al análisis de estigmas desde distintas perspectivas

1.1 Perspectivas de Allport sobre estigmas y prejuicios

En esta tesis se abordará la literatura pertinente sobre estigma, prejuicios, pobreza en barrios, políticas y etiquetas sociales, complementada con experiencias personales de la autora. El objetivo es entender cómo los estigmas sociales se forman y se mantienen a lo largo del tiempo y en diferentes contextos globales, basándose en los aportes teóricos seleccionados para este trabajo.

En la sociedad contemporánea, la presencia arraigada de prejuicios influye notablemente en la percepción de personas y lugares, especialmente aquellos menos conocidos directamente. Según Allport, "No toda generalización excesiva es un prejuicio. Algunas son simplemente concepciones erróneas, en las que organizamos una información inadecuada" (Allport, 1971, p 23). Los medios de comunicación, al presentar noticias sobre sectores específicos o barrios de manera selectiva, contribuyen significativamente a fortalecer estos prejuicios y a intensificar el estigma asociado a sus residentes. De este modo, las personas que no conocen estos lugares se apoyan de la información que reciben, tanto de los medios como de otros, lo que genera una transmisión de prejuicios. En relación con esto, Allport observa que "En los medios de comunicación puede tener lugar a veces un tratamiento diferencial para las noticias referentes a ciertos grupos" (Allport, 1971, p 71).

1.2 Introducción al análisis: Goffman y Wacquant sobre el estigma

Algunos autores abordan el estigma desde diversas perspectivas, lo que permite obtener una comprensión amplia y multidimensional del estigma en los barrios pobres. Esta tesis reflexionará sobre cómo las ideas de estos autores pueden aplicarse para analizar y entender la experiencia cotidiana de los residentes de estos barrios, así como las implicaciones sociales y políticas de los estigmas que enfrentan.

Goffman (2012), en su obra "*Estigma: La identidad deteriorada*", proporciona una visión microsociológica que se centra en el impacto del estigma en los individuos a nivel personal y en sus interacciones cotidianas. Su análisis examina los mecanismos mediante los cuales las personas estigmatizadas manejan y responden a las etiquetas negativas que les son impuestas.

Por otro lado, Wacquant (2010), en "*Castigar a los pobres*", adopta una perspectiva macrosociológica y política. Examina cómo las políticas públicas y las estructuras socioeconómicas contribuyen a la estigmatización de barrios enteros, reforzando la marginalización y criminalización de sus residentes; el autor destaca el papel de las políticas neoliberales y el sistema penal en la creación y mantenimiento de estos estigmas.

A través del análisis de los autores, se busca entender las dinámicas individuales y relacionales del estigma, así como las causas estructurales y políticas detrás de la estigmatización. Esto permitirá una comprensión integral de cómo los estigmas se forman, se perpetúan y afectan a las comunidades.

1.3 Perspectiva de Goffman sobre estigma y discriminación:

Goffman (2012), ofrece una visión detallada de cómo el estigma afecta a los individuos a nivel personal y en sus interacciones cotidianas. Se enfoca en cómo las personas estigmatizadas gestionan y responden a las etiquetas negativas que se les imponen, explorando las estrategias para manejar su identidad y los efectos que el estigma tiene en su bienestar psicológico y su integración social.

El autor señala en su libro en relación a los barrios pobres que cuando las personas se encuentran frente a un extraño automáticamente los califican por su apariencia en categorías; lo cual él llama "identidad social" se refiere a la imagen que los demás tienen de una persona, basada en las categorías sociales a las que se percibe que pertenece. Esto incluye aspectos como

la raza, el género, la clase social y otros atributos que son reconocidos socialmente y puede ser influenciada por estigmas y etiquetas que la sociedad impone, pero las mismas pueden ser marcadas por atributos negativos, afectando la forma en que los individuos son percibidos y tratados por los demás.

El autor a su vez explica que esta identidad social está estrechamente vinculada con el "status social", que es la posición que un individuo ocupa en la sociedad y que puede incluir aspectos personales como otros atributos socialmente valorados o estigmatizados. El "status social" es, por tanto, una extensión de la identidad social ya que considera tanto las categorías sociales amplias como los atributos personales específicos los cuales afectan la percepción social.

Para el autor en esta categorización de los individuos estigmatizados distingue entre dos tipos de individuos: el desacreditado y el desacreditable. El "desacreditado" es aquel cuyo estigma es evidente o conocido, mientras que el "desacreditable" es aquel cuyo estigma no es inmediatamente visible o conocido por los demás, pero que puede ser descubierto. Esta distinción es fundamental para entender las dinámicas de interacción social y las estrategias que los individuos estigmatizados emplean para manejar su identidad y las percepciones sociales.

El autor menciona que ese estigma lleva a una cierta discriminación de diversos tipos pero que una de las más comunes es la de clases sociales, él mismo explica qué la clase social puede influir en la identidad social de un individuo, ya que las personas de clases sociales más bajas a menudo enfrentan estigmas relacionados con la pobreza, la falta de educación y la ocupación, estos estigmas pueden llevar a que los individuos sean vistos como menos competentes o menos valiosos, independientemente de sus atributos personales; Goffman (2012) a su vez menciona que el factor común en los individuos estigmatizados es la búsqueda de aceptación del resto de las personas y en el contexto de los barrios pobres, los residentes a menudo enfrentan estigmas relacionados con la pobreza, la criminalidad y otras etiquetas negativas. Estos estigmas crean una barrera significativa para la aceptación social, afectando tanto la percepción pública como la autopercepción de los residentes y es allí donde entra el rol que indica el autor del "igual" personas que comparten el mismo estigma, ofreciendo un grupo de referencia y apoyo donde el estigma es normalizado. En el contexto de los barrios pobres, los residentes que comparten la misma etiqueta negativa por vivir en ciertas áreas pueden encontrar comprensión y solidaridad entre ellos, resistiendo colectivamente las percepciones externas negativas.

1.4 Perspectiva de Wacquant sobre la criminalización y la marginalización.

En su libro *“Castigar a los pobres”*, Wacquant adopta una perspectiva amplia desde la macro sociología y la política. En este contexto, examina detalladamente las estructuras institucionales y las políticas gubernamentales que perpetúan la marginalización. Específicamente, Wacquant (2010) analiza cómo las políticas estatales, como la criminalización de la pobreza, configuran las experiencias de vida en los entornos de los barrios pobres.

El autor centra su análisis en la institución carcelaria, su papel en la gestión de la pobreza y la marginalización en las sociedades contemporáneas y entiende que la expansión del sistema carcelario refleja y refuerza, las desigualdades sociales y económicas, especialmente entre las poblaciones más vulnerables y marginadas. Además de la institución carcelaria, el autor también analiza cómo otras políticas y programas del estado, como la vigilancia y las estrategias de “trabajo” bajo el pretexto de la rehabilitación, contribuyen a la reproducción de la desigualdad social.

Las instituciones y las políticas penales pueden, y de hecho lo hacen, cumplir ambas tareas a la vez: simultáneamente actúan para aplicar jerarquías y controlar categorías contenciosas en un nivel, y para comunicar normas y modelar representaciones colectivas y subjetividades en otro nivel. (Wacquant, 2010, p 19)

El autor también señala que las políticas penales y la implementación de la red policial judicial y correccional del estado cumple un doble propósito económico y moral. El autor hace referencia al concepto de campo burocrático de Bourdieu y argumenta que el estado no solo funciona como proveedor de servicios públicos, sino también como agente de control social que estructura y moldea dinámicas sociales y representaciones colectivas a través de sus instituciones y políticas penales. Este sistema busca no solo controlar sectores vulnerables del proletariado y una clase media en declive, sino también imponer normas sociales y disciplina en toda la sociedad. En el contexto de los barrios vulnerables, esta configuración burocrática del estado no solo administra recursos y servicios, sino que también refuerza estigmas sociales. Las políticas y prácticas estatales, incluyendo medidas de seguridad intensificadas y políticas de vigilancia, pueden fortalecer estereotipos negativos sobre la criminalidad y la peligrosidad en estas comunidades, contribuyendo así a su estigmatización.

El autor señala que a nivel global, las nuevas estructuras ideológicas del mercado y el avance del neoliberalismo potencian la desigualdad económica y la exclusión social entre otros efectos. Wacquant (2010) analiza la noción de la "paradoja de la personalidad neoliberal" para referirse a cómo esta ideología promueve la responsabilidad individual, es decir, responsabiliza a los individuos por sus circunstancias socioeconómicas, al mismo tiempo que impone condiciones estructurales que limitan las oportunidades para los individuos, especialmente aquellos en situaciones de pobreza o marginalización. En los barrios pobres, esta dinámica se puede traducir en una percepción pública que culpa a los residentes por su situación.

A su vez, la "paradoja de la personalidad neoliberal" también puede manifestarse en cómo las políticas de seguridad y control del estado en estos barrios pueden estar justificadas bajo la premisa de proteger el orden público y mejorar la seguridad, pero a menudo resultan en prácticas que estigmatizan y discriminan a sus residentes, contribuyendo así a la marginalización social. Esto se refleja en la forma en que los medios de comunicación y la percepción pública desde otras zonas pueden generar miedo hacia los barrios pobres, creando una sensación de inseguridad y estigmatización de las personas que allí residen, considerándose como una carga negativa para el barrio y reforzando estereotipos que vinculan pobreza con delincuencia.

1.5- Kessler: estigmas barriales y el temor al delito

Kessler (2011) argumenta que el temor al delito es un fenómeno complejo que va más allá de simplemente reflejar la realidad objetiva de la criminalidad. Según Kessler, el temor al crimen no siempre se corresponde con las tasas reales de criminalidad, destacando que la percepción pública puede estar influenciada por estereotipos y prejuicios.

El artículo de Kessler (2011) utiliza ejemplos de ciudades en América Latina para mostrar que la inseguridad subjetiva, caracterizada por el miedo y la preocupación por ser víctima de un crimen, es alta, independientemente de las variaciones en las tasas de criminalidad objetiva entre diferentes lugares. El autor explora cómo el miedo no solo es una emoción humana fundamental, sino que tiene raíces tanto fisiológicas como culturales e históricas.

Desde una perspectiva filosófica, se argumenta que el miedo juega un papel fundamental en la formación del poder estatal. En este sentido, se sostiene que el temor al caos del estado natural lleva a los individuos a buscar la protección del Estado, lo que permite el establecimiento de un poder centralizado capaz de garantizar la seguridad y el orden. Esta idea se refleja en el

concepto de 'Leviatán', en el que se argumenta que el miedo es esencial para la legitimidad del Estado, ya que es este poder el que permite la paz social y la organización de la sociedad bajo un marco de orden.

Kessler (2011) utiliza la teoría hobbesiana para examinar cómo el miedo ha influido históricamente en la política y la sociedad, particularmente en América Latina, donde la seguridad pública y el orden continúan siendo temas de gran relevancia. Además, el autor sostiene que el miedo al delito no es simplemente una emoción individual, sino que es una construcción social compartida que varía según el contexto cultural e histórico. En este sentido, argumenta que las sociedades modifican y ajustan sus nociones de riesgo y peligro según los contextos históricos, vinculando el miedo al crimen con preocupaciones urbanas y procesos sociales como la integración de grupos específicos.

El concepto de riesgo, lejos de limitarse al miedo, se expande en el marco de la "modernidad tardía". Según Kessler identifica nuevos tipos de riesgos, como los tecnológicos (ciberseguridad, privacidad de datos) ecológicos (problemas ambientales y climáticos, contaminación del agua) y sociales (desigualdad, conflictos socio-políticos, migración). En este contexto, Kessler (2011) aborda el concepto de "dangerization" propuesto por Lianos y Douglas (2000), que se refiere a la tendencia de analizar diferentes contextos (como barrios o situaciones sociales) usando categorías de amenaza.

Según Reguillo (citado en Kessler, 2011), las percepciones de inseguridad se han vuelto más imprecisas, lo que significa que ya no hay lugares claramente definidos como seguros o inseguros; en cambio, la percepción de amenaza puede surgir en cualquier lugar, reflejando una sensación generalizada de inseguridad en la sociedad.

Kessler (2011) hace referencia a las consecuencias del miedo al crimen en la sociedad, indicando cómo este fenómeno puede deteriorar el sentido de comunidad al limitar el uso de espacios públicos considerados peligrosos. Esto aumenta el aislamiento y la desconfianza entre las personas. Además, describe cómo las áreas estigmatizadas por el miedo experimentan una degradación socioeconómica, con la salida de residentes prósperos y una disminución de inversiones e infraestructura. El miedo al crimen también agrava la inequidad social, ya que los residentes de áreas más ricas pueden protegerse de manera privada y presionar por más seguridad pública, desplazando así el delito hacia zonas menos favorecidas con menor influencia política.

El autor señala que el miedo al crimen y la percepción de inseguridad conllevan a menudo a un aumento de la intolerancia y el temor hacia aquellos que son vistos como diferentes o marginales. Estas personas son estigmatizadas y vistas como portadoras de valores que se consideran contrarios a la norma establecida, siendo percibidas como amenazantes para la seguridad y el orden social siendo este un fenómeno que Kessler aborda como:

tema inherente al miedo; la alteridad en el delito: ¿quién teme a quién? La inseguridad conlleva en general un incremento de la intolerancia, del temor y, muchas veces, el odio hacia ese otro, la mayoría de las veces imaginario, que aparece como amenazante. (Kessler, 2011, p 63)

Se puede decir que la alteridad implica reconocer y entender que hay otros que son distintos a nosotros en términos de cultura, valores, identidad, etc.

Kessler (2011) señala que los medios de comunicación, al seleccionar eventos sensacionalistas o inusuales, moldean la percepción pública del crimen, distorsionando así la realidad sobre la seguridad y la criminalidad. Esto resalta la necesidad de contextualizar adecuadamente la información.

Finalmente, Kessler (2011) argumenta que las políticas dirigidas a disminuir los índices de criminalidad no siempre tienen un impacto directo en la percepción subjetiva de inseguridad. Esto se debe a que la percepción de inseguridad está influida por diversos factores complejos que van más allá de la realidad objetiva del crimen. Kessler sugiere que las estrategias efectivas para reducir el miedo deben centrarse en la percepción misma del miedo, considerando dos aspectos clave: la tendencia a exagerar la frecuencia de crímenes graves y la falta de confianza en las estadísticas oficiales.

En su análisis, Kessler (2011) observa que las nociones de riesgo y seguridad están construidas socialmente y evolucionan de acuerdo con los contextos históricos. En las ciudades, especialmente en los barrios pobres, la percepción de riesgo a menudo no se corresponde con las tasas reales de criminalidad. Estos barrios son estigmatizados como peligrosos, lo que tiene efectos devastadores sobre la comunidad, limitando el uso de espacios públicos y promoviendo el aislamiento.

En estos contextos, el miedo al crimen agrava la inequidad social, dado que los residentes de áreas más privilegiadas pueden asegurar su protección de manera privada. Un ejemplo claro se observa en los barrios económicamente más sólidos, donde se implementan medidas de seguridad privada, como rejas, alarmas, cámaras y guardias en el vecindario, además de beneficiarse de las iniciativas estatales, como las cámaras de seguridad del Ministerio del Interior en zonas céntricas, diseñadas para combatir la delincuencia. Sin embargo, esto conlleva a que el problema de la delincuencia se desplace hacia las periferias, donde los sectores más vulnerables enfrentan mayores riesgos de inseguridad, sin los recursos necesarios para exigir mejoras en las condiciones de seguridad.

Finalmente, Kessler (2011) aborda el concepto de "alteridad en el delito", que analiza cómo la sociedad percibe y responde a aquellos considerados diferentes o marginales. En muchos casos, este estigma se asocia con estereotipos sobre la "apariencia delictiva" o el consumo de sustancias, lo que genera una percepción de riesgo relacionada con vivir en o cerca de estos barrios. Kessler destaca que las políticas de seguridad deben no solo considerar la criminalidad objetiva, sino también abordar la percepción errónea de inseguridad y los prejuicios que afectan a las comunidades marginadas, buscando mitigar los efectos del estigma y promover una comprensión más precisa de las dinámicas sociales y urbanas.

Podemos vincular el artículo de Kessler (2011) con la obra de Goffman (2012) *"Estigma: La identidad deteriorada"* en la que Goffman explora cómo las comunidades son etiquetadas y estigmatizadas debido a características percibidas como desviadas o peligrosas. En los barrios pobres son frecuentemente estigmatizados como zonas de alto riesgo, a pesar de las estadísticas reales de criminalidad. Goffman sostiene que el estigma no solo afecta la percepción externa de un grupo, sino también influye en las interacciones sociales y la autoimagen de los individuos dentro de esa comunidad.

Goffman (2012) como Kessler (2011) revelan cómo el estigma afecta profundamente a las comunidades marginadas, aumentando la sensación de riesgo y alimentando actitudes discriminatorias. Goffman se centra en cómo las etiquetas afectan la identidad individual y las interacciones sociales, mientras que Kessler analiza su influencia en la percepción de la seguridad y el orden social en los barrios pobres. Ambos destacan los efectos negativos del estigma, como el aislamiento, la discriminación, la limitación de acceso a espacios públicos y el aumento de la desconfianza y la desigualdad social.

Ambos autores reconocen que los estigmas se basan en estereotipos arraigados. Goffman examina cómo estos estereotipos se utilizan para categorizar y etiquetar a las personas, mientras que Kessler señala cómo afectan la percepción pública y las políticas de seguridad, particularmente en ciudades latinoamericanas.

Si vinculamos el artículo de Kessler (2011) con la obra de Wacquant (2010) en "*Castigar a los pobres*" se pueden destacar una serie de conexiones significativas. Wacquant sostiene que los barrios pobres son estigmatizados y etiquetados como zonas de alto riesgo, lo que influye en la percepción pública de seguridad, como en políticas que refuerzan la segregación y el control social. Tanto Kessler como Wacquant destacan la importancia de considerar percepciones erróneas y prejuicios arraigados en la formulación de políticas públicas. Ambos autores apoyan estrategias que provoquen una comprensión más precisa y compasiva de las dinámicas sociales y urbanas, con el fin de suavizar los efectos devastadores del estigma en las comunidades marginadas.

Aunque ambos autores comparten preocupaciones similares sobre las políticas de seguridad y bienestar social, difieren en enfoques y contexto. Wacquant (2010) se enfoca sobre todo en Estados Unidos, analizando cómo las políticas de encarcelamiento masivo impactan a comunidades afroamericanas e hispanas, mientras que Kessler (2011) se centra en ciudades latinoamericanas, utilizando datos empíricos para analizar cómo las políticas urbanas afectan la forma en que se percibe la seguridad y la criminalización de los pobres. Estas diferencias muestran grandes variaciones en los contextos socioeconómicos y las políticas públicas específicas que cada autor aborda. Además, Wacquant emplea un enfoque amplio sobre la relación entre neoliberalismo, pobreza y el castigo, mientras que Kessler se concentra en los impactos específicos de las dinámicas urbanas en contextos locales.

1.6 Becker y la relación entre estigma, prejuicio y desviación

En su obra *Outsiders* (2009), Howard S. Becker analiza cómo las etiquetas de "desviado" o "criminal" no es propia de ciertos comportamientos, sino que es el resultado de la interacción social y del proceso de etiquetado, que lleva a ciertos individuos a ser vistos como fuera de las normas sociales aceptadas. Como señala Benzecry en la introducción del libro, "Becker encuentra un proceso que se puede comprender analíticamente como similar: se trata de una construcción procesual y relacional de etiquetas, que naturaliza a agentes y grupos dentro de categorías 'fuera de lo normal'" (Benzecry, 2009, p 3).

Siguiendo estas palabras, podemos decir que en la construcción procesual la desviación no es algo que existe, sino que es construida y definida a través de interacciones sociales y procesos de etiquetado. En la construcción relacional la desviación no puede entenderse sin considerar las relaciones sociales y el contexto en el que ocurren. Por lo tanto, la desviación es relativa y contextual, variando según el tiempo, el lugar y los actores involucrados.

A su vez, Becker (2009) plantea que, en la sociedad cuando se etiqueta a una persona como "loca" o "criminal", suele desviarse el foco de los factores sociales que podrían estar influyendo en su comportamiento. En vez de analizar problemas más amplios, como la falta de oportunidades económicas y laborales, la escasez de servicios sociales o la falta de infraestructura adecuada, se centra la atención en atributos individuales de quienes son etiquetados como desviados. En el caso de los barrios pobres, las personas que allí residen son frecuentemente etiquetadas como "criminales" o "vagos", lo que contribuye a desviar la atención de los factores sociales que afectan su comportamiento, como la pobreza o la marginación.

Becker (2009) identifica tres movimientos analíticos, destacando uno que sugiere un enfoque basado en los significados locales. En este enfoque, propone que es importante no limitarse a ver los fenómenos desde una perspectiva fría y estadística que simplemente etiqueta a las personas como "problemas sociales". En cambio, propone que se debe explorar cómo las personas en sus comunidades locales entienden y dan significado a las actividades que se consideran criminales o desviadas, para generar un entendimiento más profundo de estos fenómenos.

El autor explica que todos los grupos sociales establecen reglas las cuales definen lo que es considerado un comportamiento adecuado o inapropiado bajo ciertas circunstancias. Cuando alguien rompe estas reglas, es etiquetado como un "outsider" o marginal, percibido como alguien que no sigue las normas aceptadas por el grupo. Pero el autor señala que la persona etiquetada como outsider puede tener una perspectiva diferente, ya que puede no aceptar las reglas por las cuales está siendo juzgado o cuestionar a sus jueces.

Becker se propone explorar las situaciones en las que se rompen las reglas y se aplican las etiquetas, así como las causas que llevan a algunas personas a violar las reglas mientras otras las imponen. Analiza la naturaleza de las normas sociales y su impacto en la percepción de quienes las incumplen, destacando que las reglas informales pueden perder su relevancia si no

se aplican regularmente. Se centra en las normas que mantienen su vigencia y son activamente aplicadas, investigando cómo su aplicación afecta la percepción de los infractores y cómo estos responden a las etiquetas de marginalidad.

Becker (2009) sostiene que “Los científicos no suelen cuestionar la etiqueta de "desviado" cuando se aplica a acciones o personas en particular, sino que lo aceptan como algo dado. Al hacerlo, adoptan los valores del grupo que ha establecido ese juicio.” (p.23). Critica así a los científicos por aceptar sin cuestionar esta etiqueta, lo que revela que tanto la persona que juzga como el proceso y la situación juzgada están interrelacionados en el fenómeno de la desviación.

El autor critica una visión simplista de la desviación que se basa en criterios estadísticos, donde cualquier comportamiento que se aleje del promedio es etiquetado como desviado. Esta aproximación estadística no considera adecuadamente las variaciones en los procesos de valoración social y los contextos culturales que influyen en la percepción de la desviación.

Becker menciona que los sociólogos “Discriminan entre rasgos sociales que fomentan la estabilidad (y que son, por lo tanto "funcionales") y rasgos sociales que buscan interrumpir la estabilidad (o sea, "disfuncionales") (Becker, 2009, p 26). Este enfoque destaca áreas de la sociedad que pueden ser problemáticas pero que frecuentemente pasan desapercibidas para la mayoría.

Sin embargo, el autor indica que determinar qué es funcional y qué es disfuncional para una sociedad o grupo social específico es complicado en la práctica. Esta determinación está influida por argumentos políticos, ya que diferentes sectores dentro de un grupo pueden tener interpretaciones contrarias sobre el propósito u objetivo del grupo. Por lo tanto, la función de una organización no es algo propio, sino el resultado de negociaciones políticas.

En consecuencia, las decisiones sobre qué leyes aplicar, qué comportamientos considerar desviados y a quiénes etiquetar como *outsiders* son también decisiones políticas. Para Becker (2009), descuidar este aspecto político puede limitar nuestra comprensión del fenómeno de la desviación desde la perspectiva funcional. La desviación, según él, no está determinada por el acto en sí mismo, sino por cómo otros reaccionan ante él. Estas reacciones pueden cambiar con el tiempo y dependen de quién comete el acto y quién se ve afectado por él. El autor ejemplifica estas diferencias con casos como la forma en que la ley trata a jóvenes de diferentes clases sociales o las disparidades raciales en el sistema judicial.

Según esta perspectiva, un mismo comportamiento puede considerarse desviado en ciertos contextos y no en otros, dependiendo de quién lo cometa y de cómo reaccionen los demás ante él. Critica la visión simplista que presupone que quienes violan normas forman un grupo homogéneo de "desviados". En lugar de etiquetar automáticamente ciertos actos como desviados, el autor sugiere que es más útil referirse a ellos como comportamientos que rompen las reglas, reservando el término "desviado" para aquellos que son etiquetados como tal por algún segmento de la sociedad. (Becker, 2009).

En los barrios pobres, el estigma asociado a la desviación se manifiesta en la imposición de etiquetas negativas y estereotipos por parte de la sociedad más amplia, especialmente hacia comportamientos como la delincuencia y el consumo de drogas sobre todo en el espacio público. Estas etiquetas afectan en cómo son percibidos los residentes y en las respuestas de las instituciones y la sociedad. Este estigma también puede contribuir a la marginalización y exclusión social de los residentes de los barrios pobres, limitando sus oportunidades económicas y sociales. Esto nos muestra que la desviación es una construcción social determinada por normas y etiquetas que se aplican de manera desigual en diversos contextos sociales y económicos.

Por ejemplo, el estigma relacionado con la desviación se observa en la criminalización de la pobreza. Las personas que viven en condiciones de extrema pobreza en barrios vulnerables suelen ser etiquetadas como "vagabundos" o "delincuentes" simplemente por encontrarse en situaciones precarias. Un estigma común es la creencia de que "el pobre es pobre porque quiere", lo que sugiere que las personas en situación de pobreza lo son por falta de esfuerzo o iniciativa, asociando erróneamente la pobreza con la criminalidad. Esta percepción estigmatizante no solo influye en la manera en que son tratadas por las autoridades y la sociedad, sino que también mantiene ciclos de exclusión y desigualdad.

Becker (2009) también señala que el primer paso hacia la desviación suele ser un acto de inconformidad que rompe con las normas. Aunque comúnmente se cree que estos actos son intencionales, el autor argumenta que muchos no lo son. En realidad, algunos actos desviados surgen por desconocimiento de la norma o de su aplicación en el contexto específico. Como ejemplo, menciona el uso de una palabra "x" en un país donde es aceptada y utilizada con normalidad, pero que en otro país puede tener un significado distinto, ser inapropiada o vulgar. Esto puede llevar a que la persona que usa la palabra sea juzgada y etiquetada, a pesar de que no conocía el significado o las implicaciones de su uso en ese contexto.

La desviación también puede funcionar como un estatus maestro, en el sentido de que la etiqueta de "desviado" puede prevalecer sobre otras características del individuo. Cuando una persona es etiquetada como desviada, su identidad como tal puede dominar la percepción que los demás tienen de ella, por encima de sus logros o cualidades personales.

Siguiendo los conceptos de Becker (2009), podemos decir que la visión sobre los barrios pobres, se relaciona con el estigma social. Las personas de estos barrios enfrentan etiquetas negativas que ocultan sus otras características y logros. Este estigma puede hacer que sean vistas principalmente como "desviadas" o problemáticas, afectando su percepción en la comunidad y limitando sus oportunidades.

El autor plantea: “Las normas son el resultado de la iniciativa y el emprendimiento de personas a las que podríamos definir como emprendedores morales. Hay dos especies de emprendedores morales, quienes crean las reglas y quienes las aplican.” (Becker, 2009, p.167).

El autor presenta al cruzado reformista como una persona que busca modificar y establecer nuevas normas debido a una fuerte preocupación por lo que considera un problema grave en la sociedad. Este individuo cree que las cosas no mejorarán hasta que se introduzcan normas que aborden este problema. Actúa con una moral absoluta, sintiéndose superior y justificando cualquier medio para lograr sus objetivos. Así, el reformismo moral es impulsado por las clases sociales altas, que buscan mejorar las condiciones de los grupos menos favorecidos. Aunque estos grupos pueden no estar de acuerdo con las soluciones propuestas, el poder de los cruzados morales se basa en su posición dominante en la sociedad y en su autoridad moral.

En los barrios pobres, este fenómeno se manifiesta claramente en cómo las políticas y las intervenciones son a menudo diseñadas y dirigidas por personas de clases sociales altas, que intentan mejorar las condiciones de vida en estos barrios. Sin embargo, como se observa en el trabajo de una Mesa de Coordinación Zonal (MCZ) (Pérez de Sierra, 2019), los residentes pueden no estar de acuerdo con las soluciones ofrecidas, ya que estas no siempre se alinean con sus realidades y necesidades. Esta desconexión refuerza la idea de que, a pesar de los esfuerzos por mejorar las condiciones de vida, la falta de inclusión de las voces locales en el diseño de políticas perpetúa desigualdades y desconfianza hacia las iniciativas externas.

El diagnóstico participativo desarrollado por esa MCZ revela la complejidad de la realidad de estos barrios, marcada por problemas de conectividad y la falta de servicios básicos. Aun en este contexto, la comunidad muestra una notable capacidad de organización y deseo de mejora.

Sin embargo, la participación comunitaria se ve limitada por la institucionalización de procesos que pueden llevar a una participación superficial y a la competencia por recursos escasos. Esta situación refleja cómo el neoliberalismo ha transformado la gestión social, desplazando responsabilidades al ámbito comunitario y enfocándose en la "gestión selectiva" que invisibiliza conflictos estructurales.

Los vecinos sienten que su participación puede ser utilizada como una herramienta de manipulación, ya que su involucramiento en la búsqueda de soluciones se convierte en una obligación que no siempre lleva a mejoras visibles. Esta dinámica contribuye a un ciclo de desilusión, donde la falta de cumplimiento de acuerdos y la continua presión para participar refuerzan desigualdades existentes. Por lo tanto, es esencial que las políticas no solo escuchen a la comunidad, sino que también atiendan sus necesidades reales, promoviendo un verdadero diálogo que fomente la equidad y la justicia social.

Para entender mejor estas diferencias, se puede comparar a Becker (2009) con los autores analizados anteriormente, analizando así sus similitudes y diferencias.

En la perspectiva de Goffman (2012), se observa que ambos autores abordan el tema de las etiquetas, pero lo hacen desde ángulos distintos. Goffman, en su obra *"Estigma: La identidad deteriorada"*, investiga cómo las etiquetas negativas, tales como las asociadas con la pobreza o la criminalidad, afectan la vida cotidiana de las personas. En el contexto de los barrios pobres, el estigma produce que los residentes sean vistos a través de etiquetas negativas, lo que afecta su forma de relacionarse con los demás. Cabe mencionar que esta situación continúa incluso cuando los residentes están fuera de sus barrios, en espacios públicos o céntricos, donde enfrentan estigmatización por su "portación de cara", es decir, por su aspecto físico, estilo de vestimenta, género y color de piel.

El estigma no solo se queda en los barrios marginales, sino que también llega a espacios públicos y céntricos, donde las personas siguen siendo objeto de prejuicios y discriminación. Esta situación social dificulta la inclusión y refuerza las barreras entre distintos grupos de la sociedad. Becker (2009), por su parte, analiza cómo las etiquetas de desviación se crean socialmente a través de las interacciones y las normas. Según su enfoque, la desviación no es una cualidad propia, sino algo que se construye mediante la aplicación de normas y el proceso de etiquetado. En los barrios pobres, las etiquetas negativas pueden desviar la atención de problemas más profundos como la falta de oportunidades y servicios. Ambos autores coinciden

en que las etiquetas sociales influyen en cómo se perciben las personas, pero Goffman (2012), se centra en cómo el estigma afecta a nivel individual, mientras que Becker examina el proceso mediante el cual se crean y asignan las etiquetas en un contexto social.

En cuanto a Wacquant (2010) y Becker (2009) coinciden en que las etiquetas y el estigma afectan la percepción de las personas, aunque sus perspectivas de análisis son diferentes. Wacquant, en su libro *"Castigar a los pobres"* (2009), analiza cómo las políticas gubernamentales y las estructuras institucionales colaboran a la marginalización y el estigma de los residentes de barrios pobres. El autor se enfoca en el sistema carcelario y otras políticas de control social, como la vigilancia, las cuales refuerzan las desigualdades y mantienen la estigmatización de los más vulnerables. Wacquant (2010), argumenta que estas políticas no solo buscan controlar a las personas, sino también imponer normas y reforzar la desigualdad, trasladando la responsabilidad de la situación socioeconómica a los propios individuos. Un ejemplo es el trato hacia las personas en situación de calle, quienes, además de enfrentar las dificultades de su condición, suelen ser objeto de políticas que los criminalizan y excluyen aún más.

Becker (2009) se enfoca en cómo se crean socialmente las etiquetas de "desviado" a través de las interacciones y las normas. Según su perspectiva, la desviación no reside en el acto en sí mismo, sino en cómo la sociedad lo percibe y lo etiqueta. Esta perspectiva se refleja en la forma en que se etiqueta a los residentes, desvirtuando las causas estructurales de su situación.

Ambos autores coinciden en que las etiquetas y el estigma afectan profundamente a las personas y contribuyen a su marginalización. Wacquant (2010) se centra en cómo las políticas y el sistema carcelario refuerzan estas etiquetas desde una perspectiva macrosocial, mientras que Becker (2009) examina cómo las normas sociales y el proceso de etiquetado crean y mantienen estas categorías desde una perspectiva más cercana y relacional, o microsocioal.

Por último, Kessler (2011) y Becker (2009) comparten puntos de vista complementarios sobre el estigma y la desviación. Ambos autores reconocen que las etiquetas y estigmas no son una característica natural de los individuos, sino que se crean socialmente. Kessler (2011) analiza cómo el miedo al crimen y las sensaciones de inseguridad se forman culturalmente en ciudades latinoamericanas, mientras que Becker (2009) examina cómo la desviación se define a través de interacciones sociales y etiquetas.

Ambos autores destacan que las etiquetas negativas tienen efectos graves en las comunidades. Kessler (2011) destaca cómo el miedo al crimen puede llevar al aislamiento social y al deterioro de áreas estigmatizadas, mientras que Becker (2009) muestra cómo las etiquetas de desviación desvían la atención de las causas sociales profundas y aumentan la marginalización. En este contexto ambos critican como se simplifica las interpretaciones del comportamiento desviado. Kessler argumenta que las políticas de seguridad generalmente no toman en cuenta la percepción subjetiva del miedo, y Becker por su parte cuestiona la tendencia a ver la desviación como una característica propia en lugar de un fenómeno socialmente construido.

Si bien ambos autores están de acuerdo en ciertos puntos, presentan diferencias importantes. Kessler (2011) utiliza la teoría del miedo para analizar cómo la percepción de inseguridad afecta la política y la sociedad en América Latina. Analiza cómo el miedo se relaciona con las estructuras políticas y sociales, señalando cómo los estereotipos y prejuicios pueden intensificar ese temor, lo que impacta en las políticas de seguridad y en la percepción pública del crimen. Por otro lado, Becker (2009) se centra en cómo la desviación se construye socialmente mediante el proceso de etiquetado, sosteniendo que lo que se considera desviado varía según el contexto social.

Kessler (2011) analiza cómo la percepción de inseguridad y los estigmas asociados afectan el desarrollo urbano y la equidad, y cómo las políticas de seguridad y los medios de comunicación influyen en la percepción pública del crimen, aumentando el miedo y el estigma. Becker (2009), por su parte, aborda la desviación de manera más general, observando cómo las normas sociales y las etiquetas afectan la percepción de las personas en diversos contextos. Crítica el enfoque de la sociedad y los científicos sobre la desviación, destacando que no es la desviación la que reside en los actos, sino en cómo se perciben y etiquetan socialmente.

En conclusión, aunque estos autores coinciden en que el estigma y la desviación impactan negativamente a las comunidades, sus enfoques son diferentes. Kessler y Dimarco (2013) se concentran en cómo el miedo al crimen afecta la política y la sociedad, limitando las oportunidades en barrios estigmatizados como *Fuerte Apache* y exacerbando la violencia policial. Becker (2009), por su parte, analiza cómo las etiquetas de desviación se forman socialmente y cómo estas afectan la identidad y las oportunidades de las personas. Ambos coinciden en que el estigma y la violencia están interconectados, limitando las oportunidades y aumentando la desconfianza hacia las instituciones, lo que agrava la situación en los barrios populares. Esta distinción es clave para entender las dinámicas sociales en estas comunidades.

1.7 Control Social y estigmatización: perspectivas de Auyero

Para concluir con los aportes de autores en esta monografía, se presenta al último autor a considerar: Javier Auyero (2023) y su libro *"Pacientes del Estado"*, que aborda varios temas tratados por otros autores en esta tesis, pero también introduce puntos nuevos y relevantes. Además, el autor también examina estos temas desde una perspectiva latinoamericana, enfocándose particularmente en Argentina, nuestro país hermano. Cabe destacar que el libro es una edición reciente de 2023, por lo que ofrece una visión actualizada del tema.

En la introducción de su libro, Auyero examina cómo el estado utiliza la espera como una herramienta de dominación y control, particularmente hace referencia a los servicios de salud. A medida que avanza en su obra, el autor amplía esta perspectiva para incluir cualquier tipo de solicitud o servicio que las personas requieran del estado. El autor sostiene que el estado se beneficia de estas necesidades para ejercer poder sobre las clases sociales menos favorecidas, aquellas que dependen de la asistencia estatal.

El autor plantea que en Argentina, tanto en el servicio de salud pública como otros entes prestadores de servicios o asistencia social, se caracterizan por las largas esperas a las que se enfrentan los ciudadanos para acceder a los servicios. Sin embargo, el autor argumenta que estas demoras no son producto de la ineficiencia, sino de un propósito político y social, ya que la espera se convierte en una herramienta de dominación que reproduce desigualdades.

Esta forma afecta principalmente a las clases socioeconómicas desfavorecidas. Las largas filas y tiempos de espera interminables son fundamentales en la relación entre el estado y los ciudadanos de los sectores más pobres y marginados, ya que es el estado quien organiza y controla el acceso a los recursos y servicios manipulando los tiempos de espera y los procesos burocráticos.

Los tiempos de espera se configuran, entonces, como una forma de control social, donde el estado establece procedimientos largos y complicados como herramienta de dominación sobre las clases sociales más vulnerables obligándoles a esperar más tiempo y a enfrentar condiciones menos favorables en comparación con los sectores medios y altos. Esta situación genera ansiedad, angustia y preocupación en las personas vulnerables, afectando su bienestar y calidad de vida, mientras refuerza la percepción de un sistema inaccesible y desigual.

Se puede observar que la espera que utiliza el estado como forma de control y dominación en las clases desfavorecidas se relaciona con el estigma y los prejuicios que enfrentan los residentes de los barrios pobres. En estos barrios, la gente experimenta largos tiempos de espera para acceder a servicios básicos, como la atención médica. Esta situación no solo genera la percepción de que las personas de ciertos barrios son menos importantes, sino que también las coloca en una competencia entre iguales por los escasos recursos disponibles, intensificando su sensación de exclusión social.

Como experiencia personal, la autora de esta tesis, quien creció en el barrio Cerro de Montevideo, recuerda que hace aproximadamente diez años las policlínicas del barrio estaban en malas condiciones y generalmente no contaban con medicación disponible. Los médicos solían faltar, y los pacientes, tras esperar durante horas, se enteraban de que debían regresar más adelante, lo que generaba enojo y angustia. Además, el traslado a hospitales más lejanos era complicado para quienes no disponían de dinero para el transporte.

Otro aspecto que resalta la autora es la gestión de la atención en emergencias, donde los pacientes son atendidos según el orden de prioridad. Aunque se entiende que un herido de bala debe ser atendido antes que alguien con un dolor menor, esta jerarquización puede ser problemática. La autora proporciona una anécdota personal en la que su padre, que tenía dolor en el costado del torso y fiebre, esperó más de cuatro horas en la sala de emergencias, hasta que les pidió desesperado que lo atiendan. Finalmente, fue diagnosticado con una peritonitis avanzada, una condición que requería atención inmediata. Este retraso en la atención resalta cómo la espera puede tener consecuencias graves y potencialmente mortales.

El estigma se refuerza aún más cuando las personas insistentes, como en el caso del padre de la autora, son catalogadas como problemáticas por el personal médico y otros pacientes. Esta situación refuerza los prejuicios y estigmas negativos, generando sentimientos de marginalización y exclusión en quienes no tienen acceso a la salud privada y aceptan pasivamente una atención deficiente.

En su libro, Auyero (2023) también analiza cómo las personas se quejan de los tiempos de espera para realizar trámites o gestiones con el estado, pero aceptan esta situación como parte de su condición de pobreza. La espera se convierte en una obligación a la que los ciudadanos más pobres se resignan, porque saben que protestar no tendrá resultados positivos, por lo cual solo entienden que deben ser "pacientes", es decir, esperar.

Además, Auyero (2023) señala que el Estado desempeña un papel crucial no solo en la administración de recursos, sino también como un actor en la producción cultural y simbólica. El autor destaca que el Estado está involucrado en la creación de valores, normas y significados culturales, lo cual se refleja en su influencia sobre la educación, las políticas culturales y la creación de símbolos nacionales. A través de estos mecanismos, el estado contribuye a la construcción de identidades colectivas y subjetivas, moldeando así como las personas perciben su identidad y su lugar en la sociedad.

En resumen, Auyero (2023) destaca que el estado tiene un impacto profundo y multifacético en la vida social y cultural, no sólo a través de sus funciones administrativas, sino también mediante su influencia en las identidades y percepciones culturales. En su análisis, el autor argumenta que la espera prolongada y las condiciones deficientes en la atención social y médica reflejan la reproducción diaria de un modo de dominación que refuerza la inseguridad y la sumisión de los pobres, y que esta dinámica tiene un efecto significativo en la percepción y experiencia de la ciudadanía y la desigualdad.

En su obra, Javier Auyero argumenta que las personas en situaciones de pobreza obedecen al sistema en silencio, no porque estén de acuerdo con él, sino porque saben que protestar no llevará a cambios y puede empeorar su situación. Auyero (2023) señala que "los pobres obedecen porque no tienen alternativa; pero tal como veremos cuando analicemos de cerca diversas escenas de espera, obedecen en silencio, aunque no quieran porque también saben que no tiene sentido protestar en público" (Auyero, 2023, p 24). Esta observación resalta cómo la obediencia silenciosa y la aceptación pasiva de las demoras se convierten en una forma de adaptación forzada ante un sistema que sustenta la desigualdad.

Un ejemplo reciente que ilustra este fenómeno se encuentra en una anécdota personal de la autora de esta tesis. Mientras esperaba en el hospital para ser atendida de acuerdo con su número de orden, la autora observó que otra persona entró antes que ella. Un señor mayor que estaba a su lado y tenía el siguiente número comentó:

Ellos pidieron sobranter, se acercaron y entraron antes, pero bueno, no se puede decir nada, quizás se conocen y viste, ¿qué vas a decir? sino te demoran, te atienden mal, o quedás como un desubicado por quejarte. ¿Qué vamos a hacer?, esperamos. (observación personal, agosto de 2024).

Este incidente refleja la resignación y la aceptación de las desigualdades por parte de los pacientes, quienes, conscientes de la falta de alternativas y de la posibilidad de ser maltratados, eligen no protestar y esperar pacientemente.

Este tipo de experiencias confirman la idea de Auyero de que la obediencia silenciosa ante las demoras en los servicios, ya sean públicos o privados, no es una aceptación genuina de la injusticia, sino una estrategia de supervivencia en un sistema que premia la paciencia y castiga la protesta.

En el capítulo uno del libro el autor hace referencia a cómo las personas interactúan con el estado en contextos de desigualdad, centrándose en las experiencias de espera prolongadas que enfrentan para acceder a servicios estatales. Estas personas deben soportar largos períodos de espera para obtener documentación, beneficios sociales y atención médica. Esta espera puede convertirse en una experiencia humillante que refuerza la desigualdad y la dominación de los ciudadanos pobres por parte de las instituciones estatales.

En el capítulo dos, Auyero (2023) estudia cómo los ciudadanos interactúan con el aparato estatal en su vida cotidiana, basándose en las notas de una maestra de primaria. Las notas destacan la desprotección del estado en barrios pobres, donde la falta de higiene, malas condiciones de infraestructura y problemas sociales afectan la salud y la educación de los estudiantes.

Siguiendo al autor:

El abordaje de una explicación del aumento de la violencia cotidiana que hoy asola la vida cotidiana de los sectores pobres urbanos desborda el ámbito de este libro. Cabe acotar, sin embargo, que este nuevo tipo de violencia sin duda tiene que ver con la interferencia destructiva del narcotráfico en los sectores vulnerables y marginales. (Auyero, 2023, p 64).

El autor sostiene que la violencia en los sectores más pobres tiene múltiples causas, destacando el impacto del narcotráfico como una de las principales. Este "negocio" actúa como un medio de subsistencia para estas comunidades, pero al mismo tiempo las destruye, afectando incluso a sus familias. Además, señala que la violencia surge de factores económicos, y su expansión

desmedida se debe en parte a la inacción del estado y la falta de instituciones que aborden eficazmente estos problemas.

Auyero (2023) trabaja el concepto de "puños visibles" para describir cómo la violencia y el control social son evidentes en las comunidades vulnerables. Según el autor, estas formas de violencia son manifestaciones palpables del poder estatal y que afectan la vida cotidiana de las personas al crear un ambiente de miedo y desconfianza. Además, critica la falta de acción efectiva del estado para abordar y reducir estos problemas, lo que agrava la situación y mantiene el impacto negativo en la comunidad.

Auyero (2023) analiza las "patadas clandestinas" se refieren a las formas informales y a menudo ocultas de violencia institucional y negligencia en servicios públicos. Analiza cómo estas prácticas impactan desproporcionadamente a los sectores más vulnerables, acentuando la desigualdad en la atención. Relaciona este concepto con los relatos de la maestra, quien describe las malas condiciones de infraestructura en las escuelas ubicadas en zonas empobrecidas, en este caso, en Argentina.

El autor por último hace referencia a "tentáculos invisibles" para describir cómo el poder y la influencia del estado se extienden de manera sutil y no siempre evidente en la vida de las personas, especialmente en contextos de marginalidad y pobreza. Estos "tentáculos" ilustran cómo las prácticas burocráticas, las políticas públicas y las estructuras institucionales operan de manera oculta pero poderosa, afectando a los individuos de formas que no siempre son reconocidas.

Auyero (2023) define así tres conceptos clave para describir la violencia institucional y la negligencia: los "tentáculos invisibles" (influencia oculta del poder estatal), los "puños visibles" (coerción directa) y las "patadas clandestinas" (violencia encubierta en los servicios públicos). Estos conceptos se vinculan con la espera prolongada para acceder a servicios del estado, que a menudo constituye una forma de violencia estructural al negar o demorar el acceso a necesidades básicas. Además, contribuyen a la criminalización y estigmatización de los barrios pobres, donde estas prácticas invisibles refuerzan la exclusión social y la desigualdad, manteniendo un ciclo de marginación.

Podemos ver que según el autor:

Esta estrategia de dominación reproduce a diario la asimetría entre pobladores urbanos y agentes estatales, y subordina a los primeros a través de la cotidiana 'inducción de ansiedades, incertidumbres, expectativas, frustraciones, heridas y humillaciones' (Bourdieu, citado en Auyero 2023, p 86).

Auyero enfatiza que esta dinámica no solo mantiene jerarquías y control social, sino que también genera desigualdades y prejuicios, haciendo que las personas experimenten humillación y largas esperas para acceder a servicios esenciales, reforzando la percepción de que su pobreza se traduce en un trato desigual.

En el capítulo tres, titulado “El tiempo pasa y la espera continúa”, Auyero (2023) aborda las observaciones sobre la espera de las personas en el Ministerio de Desarrollo Social. El autor presenta una síntesis de tres procesos que se producen durante la espera de las personas en situación de pobreza, que varían según el contexto y las circunstancias. El primero es el “velo”, cuando los largos tiempos de espera se presentan como decisiones impersonales de sistemas, como bancos o computadoras, y no como decisiones humanas. Por ejemplo, cuando un funcionario del estado informa a un beneficiario social que debe esperar tres horas para recibir su pago, no se señala a ninguna persona específica como responsable de esta decisión. En cambio, se atribuye la responsabilidad al banco o al sistema. Esto impide que el beneficiario identifique a un responsable concreto, obligándolo a aceptar la espera como algo ineludible.

El segundo proceso es la “confusión”, que ocurre cuando los solicitantes reciben información contradictoria o difícil de entender sobre el tiempo de espera o el programa al que acceden. El tercer proceso es el de “demoras o apuros”, que se da cuando la espera es cancelada inesperadamente o cuando los beneficiarios son sorprendidos por una respuesta rápida o la promesa de que se cumplirá antes de lo esperado, generando incertidumbre y angustia.

Auyero (2023) señala que las personas en situación de pobreza dependen del estado para gestionar sus necesidades, lo que las coloca en una posición de vulnerabilidad, ya que los tiempos de espera prolongados generan ansiedad y angustia. Esta incertidumbre, sumada a la falta de información, incrementa la frustración y la sensación de desamparo.

El autor también describe las diferencias entre dos tipos de personas que esperan: aquellas que ya conocen el proceso y aceptan la espera prolongada, y las nuevas solicitantes, que tienen

expectativas de eficiencia basadas en la suposición de que el sistema es claro. Las primeras suelen advertir a las nuevas sobre la realidad de la espera.

A su vez el autor menciona que “La experiencia de la espera es un componente clave de la "cultura" de los pobres, y el funcionamiento y los efectos de la dominación sobre los desamparados no pueden ser ignorados” (Auyero, 2023, p 189). Indica que cuando se observa a personas en espera para acceder a ciertos programas del estado, se debe considerar que esta actitud no es natural ni propia de las personas, es el resultado de una construcción política influida por el estado y la política neoliberal. La manera en que estas personas viven el tiempo y la espera es moldeada por las acciones y políticas de estos agentes, esto explica las circunstancias que mantienen la pobreza. El “modelo de paciente” no debe interpretarse como sumisión, sino como el resultado de un proceso de dominación que, aunque implica una forma de control, también refleja la dependencia de los servicios sociales que son esenciales para la vida de las personas desfavorecidas.

Finalmente, se comparan las perspectivas de Auyero con las de otros autores. Tanto Auyero (2023) como Goffman (2012) ofrecen visiones complementarias sobre el estigma y la exclusión social. Goffman se enfoca en la gestión del estigma a nivel individual, mientras que Auyero aborda cómo las políticas estatales y las estructuras institucionales perpetúan el estigma de manera estructural. Ambos enfoques muestran cómo el estigma y la dominación afectan a las poblaciones vulnerables, desde la experiencia personal hasta la estructura social y política.

Goffman (2012), por su parte, distingue entre los estigmas visibles (desacreditados) y los estigmas ocultos (desacreditables), los cuales no son inmediatamente evidentes. En su análisis, explora cómo ambos tipos de estigma impactan en las interacciones sociales y las estrategias de adaptación de las personas estigmatizadas. Además, destaca que los residentes de barrios pobres que comparten un mismo estigma tienden a buscar apoyo y comprensión mutua, lo que les permite resistir colectivamente las percepciones externas negativas.

Por otro lado, Auyero (2023) y Wacquant (2010) comparten la idea de que el estado no solo proporciona servicios, sino que actúa como un agente de control social que perpetúa la marginalización. Wacquant (2010) analiza la relación entre el sistema penal y la pobreza, destacando cómo el sistema carcelario no sólo funciona como un mecanismo de control, sino también como un medio para comunicar normas y moldear representaciones colectivas, perpetuando estigmas y reforzando la exclusión social en barrios marginados. Por su parte,

Auyero (2023) destaca cómo la espera en los servicios estatales se convierte en una herramienta de dominación. Ambos autores coinciden en que estas políticas contribuyen a la reproducción de la desigualdad y la exclusión social.

En el caso de Kessler y Auyero, ambos analizan el control social desde diferentes perspectivas. Kessler (2011) se enfoca en cómo el miedo alimenta la exclusión y la estigmatización, mientras que Auyero (2023) destaca cómo las demoras en los servicios estatales son una forma de violencia estructural que refuerza la desigualdad. Ambos coinciden en que el miedo y la espera son formas de dominación que mantienen las desigualdades y dificultan la superación de la exclusión social.

Finalmente, la comparación entre Becker (2009) y Auyero (2023) revela cómo ambos autores critican una visión simplista de la desviación y el control social, mostrando que estas nociones están profundamente conectadas con decisiones políticas. Ambos argumentan que las relaciones de poder influyen en la construcción de la realidad social, y que el estigma y la exclusión operan en sectores de bajos recursos, reforzando las desigualdades estructurales.

Reflexiones finales:

En conclusión, la presente monografía muestra que el estigma social no se limita a un fenómeno asociado a la desviación y las etiquetas negativas, sino que está profundamente vinculado a las prácticas de control social implementadas por el estado. Los prolongados tiempos de espera para acceder a servicios básicos actúan como una herramienta de dominación que mantiene desigualdades y refuerza la exclusión social. Este fenómeno no solo afecta la percepción que la sociedad tiene de las personas en situación de pobreza, sino que también contribuye a mantener desigualdades estructurales que privan a estas clases sociales de dignidad y oportunidades.

Además, el desarrollo de esta monografía nos demuestra cómo las condiciones de vida de las personas están moldeadas por un sistema que, al ignorar sus realidades, les priva de dignidad y oportunidades. Por lo tanto, es fundamental desafiar no solo los estigmas y prejuicios que rodean a estos barrios, sino también cuestionar y reformular las políticas públicas que refuerzan su marginalización.

Para construir una sociedad más justa y equitativa, es fundamental reconocer cómo se relacionan el estigma, la desigualdad y el control social. Solo así podremos cambiar la forma

en que pensamos y crear un entorno donde cada persona, sin importar su situación, tenga acceso a los recursos y oportunidades que merece. Esto es clave para fomentar la inclusión y el respeto por la dignidad de todos y los derechos humanos consagrados jurídicamente.

A partir del análisis de diversos autores, se ha evidenciado que las largas esperas para acceder a servicios básicos no son meras ineficiencias, sino herramientas de dominación que intensifican la desigualdad y despojan a los residentes de su dignidad. Las condiciones de vida en estas comunidades reflejan un sistema que, al ignorar sus realidades, alimenta la desvalorización y el estigma, generando resignación ante un contexto que no ofrece alternativas. Este ciclo de exclusión es difícil de romper, pero reconocerlo es esencial para avanzar hacia una sociedad más equitativa.

Los aportes de Goffman, Wacquant y Auyero han sido fundamentales para comprender cómo el estigma no sólo surge de prejuicios sociales, sino también de prácticas estatales que refuerzan la marginalización. Goffman (2012) muestra cómo las etiquetas influyen en la identidad, mientras que Wacquant (2010) y Auyero (2023) resaltan cómo la criminalización y la burocracia contribuyen a la reproducción de este estigma. Además, el miedo, como fenómeno social, aumenta la desconfianza y la aceptación de controles estatales que impactan especialmente a los jóvenes de estos barrios.

Es importante cuestionar los estigmas y revisar las políticas públicas que los mantienen. Hacer esto ayudará a fomentar más equidad y a reconocer la dignidad de todas las personas, sin importar su contexto. Cambiar la narrativa social facilitará el acceso a recursos y oportunidades, promoviendo la inclusión y el reconocimiento de la diversidad y el potencial de estas comunidades.

En este contexto, el concepto de cruzado reformista es muy relevante. Esta persona busca cambiar y establecer nuevas normas porque siente que hay un problema serio en la sociedad. Sin embargo, su enfoque puede simplificar las realidades complejas de los barrios pobres, ya que suele actuar desde una posición de superioridad moral, ignorando las voces de quienes viven allí. Las políticas creadas por estas clases altas a menudo no se ajustan a las necesidades de los residentes, lo que puede generar desilusión y desconfianza.

Pérez de Sierra (2019) explica que el diagnóstico participativo de una MCZ en un barrio de Montevideo, muestra esta desconexión. Aunque la comunidad tiene una gran capacidad de organización y ganas de mejorar, su participación se ve restringida por procesos burocráticos

que pueden resultar en una participación superficial y en competencia por recursos limitados. La institucionalización puede hacer que participar se sienta como una obligación, lo que refuerza las desigualdades y reduce la efectividad de las políticas.

Es importante criticar la simplificación de cómo se interpreta el comportamiento desviado. Autores como Kessler y Becker explican que el estigma y la desviación son cosas que se construyen socialmente y afectan profundamente a las comunidades. Kessler (2011) se centra en cómo el miedo y los estereotipos aumentan la desconfianza hacia los barrios estigmatizados, mientras que Becker (2009) analiza cómo las etiquetas afectan la identidad y contribuyen a un ciclo de exclusión.

Ambos autores están de acuerdo en que el estigma y la desviación afectan negativamente a las comunidades. Sin embargo, sus diferentes enfoques nos ayudan a entender mejor las dinámicas sociales en estos contextos. Para avanzar hacia una sociedad más justa, necesitamos un enfoque crítico que reconozca estas conexiones y promueva un diálogo genuino que fomente la equidad y la justicia social, valorando y respetando la dignidad de cada persona.

Siguiendo esta reflexión, se puede afirmar que los conceptos tomados de los autores en el desarrollo de esta monografía deben aplicarse a este contexto respetando, ante todo, el Código de Ética Profesional del Trabajo Social en Uruguay (ADASU, 2001). Este código establece parámetros de como deberían ser las intervenciones de los profesionales en estos contextos, destacando la obligación de tratar a cada persona con respeto y promoviendo el compromiso con la justicia social y la no discriminación. En función del código, los profesionales del trabajo social tienen la responsabilidad de evitar que sus intervenciones aumenten los estigmas asociados con los barrios marginados y, en cambio, contribuir a un entorno inclusivo y respetuoso.

En línea con los principios fundamentales que plantea el código de ética (ADASU, 2001), el principio de justicia social invita a los trabajadores sociales a trabajar por cambios que permitan una mejora real en las condiciones de vida. Tal como se ha mencionado en esta monografía, las demoras y barreras en el acceso a servicios básicos actúan como mecanismos de control social que perpetúan la exclusión. La responsabilidad ética de los profesionales del trabajo social en estos casos implica cuestionar y transformar estas prácticas para construir una sociedad más justa y equitativa.

Además, el artículo 16 del mencionado código establece que tanto el profesional como el/la usuario/a tienen derecho a la confidencialidad; la misma es fundamental en el trabajo con comunidades estigmatizadas. Al asegurar el respeto a la privacidad y la protección de la información, el profesional del trabajo social permite a las personas expresarse sin temor al juicio o al etiquetado social, fomentando un espacio seguro que contribuye a la dignidad de los individuos.

Integrar el Código de Ética implica destacar la responsabilidad de los trabajadores sociales no sólo de intervenir, sino de hacerlo desde una perspectiva de derechos humanos. Este enfoque ético proporciona una base sólida para desafiar activamente el estigma que afecta a estas comunidades y promover la equidad, permitiendo que el trabajo social junto a otros actores juegue un papel crucial en el desarrollo de políticas públicas inclusivas y en la transformación de estructuras que refuerzan las desigualdades y limitan las oportunidades para quienes viven en estos barrios.

En línea con el Código de Ética (ADASU, 2001), se puede afirmar que el Derecho a la Dignidad y los Derechos Humanos son fundamentales. Este principio no solo guía su práctica, sino que también sirve de base para luchar por políticas públicas que aseguren la dignidad y el bienestar de todas las personas, sin importar su situación social o económica. De esta manera, el trabajo social se convierte en un agente de cambio social, orientado a transformar las estructuras que generan y sostienen el estigma.

Para finalizar, es importante señalar que esta monografía se centra en un análisis de la literatura sobre el estigma y la estigmatización social en barrios vulnerables, sin llevar a cabo una investigación empírica en los barrios de Montevideo. A través de un análisis teórico, se busca entender las dinámicas de poder y marginalización en estas comunidades, así como las implicaciones de los estigmas en políticas públicas. A continuación, se responderán las preguntas y objetivos planteados:

Respuestas a las Preguntas de investigación | orientadoras

¿Cuáles son los principales estigmas y prejuicios que se asocian con los habitantes de barrios vulnerables, según los autores seleccionados?

Siguiendo a los autores utilizados para abordar esta monografía, los habitantes de los barrios vulnerables enfrentan estigmas vinculados a la desviación social, la criminalidad y la pobreza.

A menudo son etiquetados como problemáticos o menos dignos, lo que refuerza su desvalorización y la percepción negativa general en la sociedad. Este estigma se ve intensificado por la falta de representación de sus voces en la creación de políticas públicas y en la formación de la opinión general

¿Cómo impactan los estigmas sociales en la elaboración de políticas públicas y en la calidad de los servicios sociales que se ofrecen en estos barrios?

Los estigmas sociales, según el análisis, resultan en políticas públicas que no satisfacen las verdaderas necesidades de los residentes. Esto se traduce en servicios sociales ineficaces, largos tiempos de espera y acceso limitado a recursos básicos, lo que mantiene la desigualdad y la exclusión. Además, estas políticas a menudo se crean desde una perspectiva externa que no considera las realidades locales, lo que provoca desconfianza entre la comunidad y las autoridades.

¿Qué efectos tienen los prejuicios y estigmas sociales sobre la cotidianidad de los residentes y la opinión pública acerca de estas comunidades vulnerables?

Los prejuicios y estigmas impactan la vida cotidiana de los residentes al restringir su acceso a oportunidades y generar desconfianza hacia las instituciones. Estas dinámicas contribuyen a ciclos de exclusión, lo que se refleja en la percepción pública y en la falta de empatía hacia estas comunidades. En el ámbito de las políticas públicas, dichos prejuicios pueden dar lugar a respuestas más duras, fundamentalmente represivas por parte de las autoridades y a intervenciones que no consideran las opiniones de la comunidad, lo que refuerza la sensación de marginalización y desesperanza.

¿Cómo inciden los prejuicios sociales en el desarrollo de políticas de seguridad dirigidas a los barrios vulnerables?

Los prejuicios sociales afectan en el diseño de políticas de seguridad, al promover una imagen negativa de los barrios vulnerables. Esto puede resultar en un enfoque represivo en lugar de preventivo, donde se da prioridad a la vigilancia y el control en lugar de desarrollar iniciativas que aborden las causas de la violencia y la inseguridad. La visión negativa de estos barrios

justifica la criminalización y el uso de medidas coercitivas, lo que empeora la situación de los residentes.

Respecto al objetivo general, se realiza un análisis teórico sobre cómo los prejuicios y estigmas sociales asociados a los barrios vulnerables afectan la vida cotidiana de sus residentes y la creación de políticas públicas. Mediante el análisis de la literatura seleccionada buscamos evidenciar qué son y cómo operan los estigmas sociales; y cómo afectan tanto la percepción social como las decisiones políticas.

Este enfoque teórico permite comprender las dinámicas de poder y marginalización en torno a los barrios vulnerables, aportando a una visión más profunda sobre cómo se generan y mantienen estas realidades.

Se evidencia que estos estigmas generan percepciones negativas que contribuyen a una falta de empatía y comprensión hacia las necesidades de estas comunidades vulnerables.

Reflexiones personales:

El tema de esta tesis fue elegido, en gran medida, debido a mi experiencia personal, ya que nací y crecí en el barrio Cerro de Montevideo, uno de los barrios más estigmatizados de la ciudad. A lo largo de mi vida, fui testigo de los prejuicios y estigmas asociados a este lugar, lo que despertó mi interés por investigar más a fondo cómo el estigma influye en la vida de las personas que viven en barrios marginalizados.

Aunque viví toda mi vida en este barrio, los últimos diez años, al entrar en contacto con otras realidades, otros barrios y personas de distintas zonas, comencé a notar los prejuicios que antes no había percibido. A medida que fui creciendo, salí de mi zona de confort, exploré nuevos entornos y comencé a trabajar. Fue en el ámbito laboral donde me enfrenté más directamente a estas percepciones negativas. Recuerdo claramente que, al enviar currículums y poner mi dirección, notaba que no recibía respuestas. No fue hasta que una compañera me hizo notar que, al vivir "lejos", las empresas no me contactaban, que me di cuenta de que quizás el problema no solo era la distancia, sino también el estigma asociado a vivir en el Cerro. Decidí cambiar la dirección en mi currículum y poner la dirección de una amiga en Capurro, y noté una diferencia: comencé a recibir más llamadas y propuestas laborales.

Esta experiencia fue solo una de muchas, pero fue la que me hizo reflexionar profundamente sobre el impacto de los estigmas sociales en las oportunidades de vida de las personas. A medida que fui madurando, también me di cuenta de que la carrera de comunicación que había

comenzado a estudiar no era lo que realmente me motivaba. Siempre me había interesado lo social, y entonces decidí orientarme hacia el trabajo social, una disciplina que me permitiera trabajar con personas y generar un cambio real.

Antes de comenzar la carrera de Trabajo Social, me di cuenta de que mi interés por lo social iba más allá de simplemente colaborar o realizar acciones solidarias. Quería hacer algo más profundo, que generará un cambio real. Fue así como decidí inscribirme en esta carrera, con la convicción de que podría contar con una formación profesional que me permitiera gestionar y dirigir ese cambio.

Cuando llegué a la etapa de las prácticas, no podía creer que finalmente estaba allí, aplicando lo aprendido. Realicé mis prácticas en la Federación de Cooperativas de Producción del Uruguay (FCPU), una experiencia muy enriquecedora. Al terminar, me sugirieron que escribiera mi tesis sobre el tema de género y el trabajo colectivo, pero opté por investigar sobre el estigma social, un tema que había marcado mi vida personal y profesional.

Decidí que escribir sobre cómo el estigma me había afectado a mí, y cómo impacta a muchas otras personas, era una oportunidad no sólo de profundizar en un tema que me tocaba de cerca, sino también de conocerlo mejor, entender sus dinámicas y sentirme más cómoda para la elaboración y defensa.

El proceso de acercamiento con la literatura seleccionada y escribir sobre este tema me permitió no solo comprender de manera más profunda la problemática social del estigma, sino también ampliar mis conocimientos desde una perspectiva profesional. Me permitió ver esta problemática tanto desde la experiencia personal como desde el análisis teórico, relacionando las vivencias con las ideas de los autores seleccionados. A medida que avanzaba en la monografía, no solo pude relacionar mis propias experiencias con los conceptos estudiados, sino que también pude identificar cómo estas dinámicas afectan a diversas sociedades y cómo se mantienen.

El trabajo me hizo reflexionar sobre los valores adquiridos durante la carrera, particularmente en relación con el código de ética profesional. Aunque este código tiene como fin definir lo que está bien y lo que está mal, también me hizo pensar en el tipo de profesional que quiero ser. Esto me recuerda a una idea de la canción *Queso ruso* de Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota (1992), se escucha "fíjate de qué lado de la mecha te encontrarás" (1:02), lo que me llevó a cuestionar mi postura ética y profesional en situaciones que involucran el estigma y la

exclusión social. Este proceso de reflexión ha sido fundamental para mi desarrollo personal y profesional. Me ha permitido adoptar una postura más crítica y consciente frente a las realidades sociales, ayudándome a definir el tipo de profesional que quiero ser. En este caso, deseo ser quien trabaje directamente con estas comunidades para lograr un cambio real; transformar sus realidades en conjunto y actuar como puente entre ellas y el estado. Mi objetivo, en este caso, sería dar voz a las propuestas de las comunidades, asegurando que sus necesidades no solo sean reconocidas, sino que se aborden de manera integral. Es crucial evitar que se tomen decisiones sin comprender realmente sus perspectivas. No se trata solo de satisfacer necesidades puntuales y seguir adelante, sino de generar un proceso de transformación social y participación genuina que impulse el cambio y promueva la autonomía. Este proceso debe ir acompañado de un trabajo para derribar los estigmas y prejuicios, de manera que las personas afectadas no los perciban como una barrera en su desarrollo personal ni dejen que los estigmas impacten negativamente en su vida cotidiana.

Bibliografía:

ADASU. (2001.). *Código de ética profesional del Servicio Social o Trabajo Social en el Uruguay..* <https://www.adasu.org/prod/2/698/Codigo.de.etica..pdf>

Allport, G. (1971). *La naturaleza del prejuicio*. Paidós: 1971 Este es un clásico para pensar cómo surgen y se reproducen los prejuicios y estigmas.

Auyero, J. (2023). *Pacientes del estado*. Eudeba.

Becker, H. S. (2009). *Outsiders: hacia una sociología de la desviación* Siglo XXI.

Benzecry, C. E. (2009). Presentación actualidad de Howard Becker. En H. Becker, *Outsiders: Hacia una sociología de la desviación* (pp. 3-5). Siglo XXI.

Goffman, E. (2012). *Estigma. La identidad deteriorada*. Amorrortu.

Kessler, G. (2011). Inseguridad subjetiva, sociedad y política: Aportes para un debate latinoamericano. En G. Kessler (Coord.), *La inseguridad y la política en América Latina: Un debate sobre la subjetividad y la violencia* [PDF]. Scribd.

<https://es.scribd.com/document/411391595/INSEGURIDAD-SUBJETIVA-Kessler-Gabriel>

Kessler, G., & Dimarco, S. (2013). Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires. *Espacio Abierto*, 22(2), 221-243.

[Redalyc.Jóvenes, policía y estigmatización territorial en la periferia de Buenos Aires](#)

Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota. (1992). *Queso ruso* [Canción]. En *La mosca y la sopa* [Álbum]. BMG Ariola <https://www.youtube.com/watch?v=uEWQmm3qYt0>

Pérez de Sierra, L. (2019). Desde el pie, reflexiones en torno a un diagnóstico invertido.

Fronteras, (12), 36-47. [Desde el pie: reflexiones en torno a un diagnóstico invertido -](#)

[Dialnet](#)

Reguillo, R. (2000). *Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo*. Fondo de Cultura Económica.

Sen, A. (1999). *Desarrollo y libertad*.

Wacquant, L. (2010). *Castigar a los pobres: El gobierno neoliberal de la inseguridad social* Gedisa.